

Gustavo Adolfo Bécquer

Antonio Cortón

¿Conocéis aquel país de la eterna primavera, donde la naturaleza derramó todos sus bienes, dando a sus moradores el don de la gracia y del ingenio, a sus mujeres la divina traición de los hechizos, donde el cielo es siempre azul, la luz siempre diáfana y el aire guarda cauteloso los murmullos de la recatada celosía, donde el amor es tósigo que envenena y mata y la vida se desliza blandamente, como en cauce de flores mojado con lágrimas de manzanilla, entre besos, serenatas, brindis, embriagueces y desafíos...? En aquella tierra que Byron amó tanto, nació Gustavo Adolfo Bécquer. El poeta de las tristezas infinitas vio la primera luz en la mansión de las alegrías orgiásticas.

Sevilla se propone perpetuar la gloria de su ilustre hijo. Pronto habrá de inaugurarse en aquella capital un sencillo pero hermoso monumento a la memoria de Gustavo Bécquer. La víspera se verifica una velada artístico-literaria en el teatro de San Fernando. El monumento es obra de Susillo. La colocación será en la margen izquierda del Guadalquivir, entre el puente de hierro de la línea de Huelva y el monasterio de San Jerónimo.

Nada más triste que el destino de ese pobre poeta. Joven, muy joven murió en la miseria y en el desamor, ignorado del mundo, herido por los afanes humanos, con la corona, mojada en lágrimas, del artista, y la palma, teñida en sangre, del mártir. Hace pocos meses nos dijeron los periódicos que su viuda había fallecido en el hospital... Los hijos del vate impetran hoy la caridad pública... Hasta las mismas estrofas inmortales de Bécquer hubiéranse perdido, a no conservarlas, por casualidad, la mano de un amigo fiel. Bien comprendía el desdichado su mísero abandono cuando escribía versos tan desgarradores como estos:

Cuando la campana suene,
si suena en mi funeral,
una oración al oírla
¿quién murmurará?
Cuando mis pálidos restos
oprima la tierra ya,
sobre la olvidada fosa
¿quién vendrá a llorar?
¿Quién, en fin, al otro día,
cuando el sol vuelva a brillar,
de que pasé por el mundo
¿quién se acordará?

El sol ha vuelto a brillar muchas veces sobre el hoyo donde reposa el náufrago. Pero su alma está entre nosotros y nos acompaña, como el ave triste de los páramos, con su gemido doloroso, en nuestras jornadas de invierno. Sus versos, que nos consuelan en nuestras nostalgias y nos hacen olvidar, por un instante venturoso, que vivimos en este pequeño mundo de tenderos y de prostitutas, son repetidos de labio en labio en la patria de *Don Álvaro* y de *D. Juan Tenorio*, con reconcomios de entusiasmo inextinguible; y así como los seres que aman y sueñan van en peregrinación piadosa al cementerio de *Père Lachaise* a besar el sauce marchito plantado junto a la tumba de Musset, así irán también, en las noches de estío, las vírgenes andaluzas a adornar con flores recién cogidas la estatua de Bécquer, que se levantará solitaria, pensativa y resignada, mirando hacia el ocaso del sol, en la dorada margen del Guadalquivir...

Confieso mi pasión por este poeta. Al leer sus versos, escritos con sangre del corazón, paréceme escuchar el lamento del cisne en una noche tempestuosa; paréceme sentir los estremecimientos del alma que llora sobre las ruinas de su fe moribunda. Es la acusación del genio a sus propias quimeras. Son los gritos desesperados de Job, llenos de doble amargura por el ateísmo de Leopardi.

Hay en la vida de las artes, como en la vida del hombre, instantes de desfallecimiento. La época de lucha en que nos agitamos, aturdida por el clamoreo de sus victorias y halagada por el orgullo de su desti-

no, volviendo atrás la vista para dar un adiós a lo pasado y buscando, segura del presente, un nuevo ideal entre los celajes de lo porvenir, lanza por tierra en sus movimientos convulsivos cuanto entorpece los designios de esa fría razón que deificar intenta, y avanza al realismo, como el único molde en que vaciarse pueden todas las incertidumbres, todas las alegrías y todas las lágrimas del siglo XIX.

El arte, en las distintas transformaciones a que el espíritu moderno le sujeta, no cambia de naturaleza, sino de ideal. Hay una fuerza interior que impele, así a los hombres como a las cosas, a transformarse y variar de rumbo, merced a las nuevas ideas y obedeciendo a un rápido y progresivo desenvolvimiento artístico; la poesía, la primera entre las artes de imaginación, si ha de juzgarse la expresión del pensamiento de una edad o de un país, fuerza es que sea en el siglo XIX *la razón cantada*, para que depurándose en un nuevo crisol y rompiendo con las viejas tradiciones, pueda responder a los sabios conjuros de una época en que el escepticismo es un sistema, la duda un aprendizaje y la negación una filosofía.

Y en esta época tocó nacer a Gustavo Adolfo Bécquer, poeta de robusto acento al cantar los afectos del alma, que trajeron a la suya gran acopio de inquietudes, observador y filósofo al sondear los abismos de la conciencia humana, que le mostraron el lodo en que se revuelcan las pasiones, Bécquer, este genio nacido en la tumba, solo dejó al mundo que le vio pasar sin conocerle, la historia siempre nueva y siempre repetida de sus burlados amores y de sus mal premiados anhelos; y aquellos versos que iban por camino de la inmortalidad, no fueron oídos por nadie, no despertaron ninguna simpatía, perdiéndose en la obscuridad, como esas notas de oculta tristeza que, en el silencio de la noche, arranca el viento de una lira abandonada.

Sus cantos son ecos fúnebres que vibran en el misterio de las sombras: sus pensamientos, recogidos al azar del tesoro de la amarga experiencia y acibarados por el tósigo de todos los dolores, son el perfume de flores muertas, son el adiós de la vida a la ilusión, son las quejas angustiosas del viajero que espera en vano ver lucir la última estrella en el crepúsculo de su vida. Diríase que aquella alma, golfo de ondas amargas, quería exhalarse toda entera en estas poesías, para legar a la posteridad, como reconvencción eterna, el ejemplo de una

existencia quebrantada por la fiebre de lo imposible y consumida en el deseo vago, pero confiado, de conquistar esa halagadora mentira que se llama «la gloria».

Beber la vida en fuentes secas, perseguir aquel fantasma y ser hollado como un fruto de perdición: tal es el destino del poeta. La posteridad, que venga las injusticias de los tiempos, llama luego a su tumba y evoca el genio olvidado. Así nació Bécquer a la vida literaria. Cabe el sepulcro del genio enronquecerse y calla la voz de la envidia, y hoy la musa española ofrece un galardón en tardía recompensa al mérito de aquel que supo cantar como el ave del desierto, escondiendo sus dudas en el cerebro y sus lágrimas en la soledad, para que la hiel de sus cantos no amargase otro corazón que el suyo y para que la tristeza sublime que le anegaba en la inmensidad de un sentimiento profundísimo no fuese jamás profanada torpemente por la indiferencia del vulgo.

¡Cruel irrisión de la fortuna! Esas hojas de laurel inmarcesible sobre un féretro esparcidas, como promesas de inmortalidad, esas rosas colgadas de un sauce o adornando una calavera, son una befa y un escarnio cuando el genio, a quien tales preces se rinden, fue en el mundo astro entre nubes, tesoro oculto en el cieno y pisoteado sin ser visto. La envidia de los contemporáneos tiene razón en detenerse ante el hueco de un sepulcro. La tumba deja iguales a los grandes y a los pequeños. ¡Los muertos no hacen sombra a los vivos!

El género literario que Bécquer importó entre nosotros se distingue por el vago idealismo, la profundidad del pensamiento y el menosprecio de la forma. Esos *suspirillos líricos de corte y sabor germánico*, como ha dicho un escritor, encierran en estrechísimo molde todo un mundo de ideas: son pequeños poemas que hacen pensar, atento a que es menos lo que se expresa que lo que se adivina en ellos. Poesía que se mece y flota en el misterio, tan llena de sombras como el cielo que la inspiró, Werther la adoptara, a haber querido dar una forma real a sus sueños platonianos. Es la poesía del porvenir. Hasta la misma forma sobria y sencilla de las estrofas se adapta más a los gustos de la época, ya desafecta a largas jeremiadas o trabajosas elucubraciones; forma poética que Bécquer ayudó a realzar, prestándole la armonía y esbeltez del habla castellana, haciendo una revolución en

la métrica, y creando una poesía propia, exclusivamente suya y que no ha tenido continuadores después. El cisne se llevó consigo, al caer en la negra orilla de la muerte, el secreto de su canción.

Las poesías de Bécquer, pocas en número y sin rubro que las encabece, están en su mayor parte dirigidas a una mujer. Cuando se leen las primeras páginas de la colección y con las últimas se comparan, precisa dudar que hayan sido escritas por una misma mano. Palpita en los primeros versos la placidez de una ternura mutua y parece sentirse, al leer los segundos, el horror de la verdad. Fundada fue la mudanza; los raudos días de la ventura tornáronse en luenga noche y los acentos del vate debían ser desde aquella hora sordos y terribles, como el bramido de la tormenta que empezaba para él. Entonces brilló en toda su excelsitud el genio de Bécquer, crisálida libre en el espacio. Era el torrente largo tiempo contenido que había encontrado su cauce. Era la reacción del dolor después de la embriaguez de la esperanza.

Poeta esencialmente subjetivo, imitador de Heine en la forma, espontáneo en la expresión de los conceptos y descuidado en el artificio de la composición, no alardea de escéptico a la manera de Byron ni apareja sus poesías a guisa de salmodia. No es resorte poético ni resabio de escuela su escepticismo: nace directamente del alma y por eso conmueve y atrae. Es imposible escuchar sus lamentos sin sentir frío en el corazón; y es que el poeta encubre las galas y afeites, para mostrar el dolor en toda su fría desnudez, no de otra suerte que el artista, encariñado con su imagen, la pone de relieve sobre un fondo oscuro para que brille con luz más intensa y resalten con mayor brío las formas y los colores.

¡Pobre Bécquer! Cuántas veces allá en las últimas tardes de su vida, postrado en el lecho del dolor y contemplando el espectáculo de su miseria, exclamaría, como Andrés Chenier, golpeándose la frente: «Es lástima, aquí había algo».

¡Pobre Bécquer! Espíritu entusiasta cuyo mundo fue un sueño, hubiese escrito el poema filosófico de la humanidad, a haber nacido en la patria de Goethe. Aquí, en el ingrato suelo que nacer le viera, no de laurel glorioso, sino de espinas fue su corona. Pasar sin ser visto y sufrir sin ser escuchado: he aquí su suerte: seguir adelante sin sentir

jamás el frío del desaliento y dejar en inmortales versos una ofrenda a la patria: he aquí su obra: alcanzar de las almas sensibles un recuerdo o una lágrima, de sus coetáneos un desagravio, de la posteridad un nombre: he aquí su recompensa. Su elogio puede hacerse en una palabra: Castelar la tiene: «Grande por lo que ha escrito, lo fue más por lo que se ha llevado consigo».¹

¹ Antonio Cortón, *Pandemonium*, Madrid, Victorio Suárez, 1889; pp. 68-75.